



Sangre generosa

Esta guerra es un cataclismo horrible que ha descubierto hasta dónde puede llegar la degradación del hombre.

Hemos quedado aterrados y sorprendidos.

El hombre no es un lobo, es mil veces peor; es un demonio. Su rabia no se sacia con nada, no se detiene ante nada; al contrario, lo más sagrado, el mismo Dios, le enfurece hasta la locura.

Pero junto al verdugo está el mártir.

Año XXXIX

PAX VOBIS

Zaragoza, 7 de Mayo de 1937

Núm. 905

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

—ooo—

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 10.

Sucursal de «EL ECO DE LA CRUZ», Conde de Aranda, 1, Almacenes del Portillo.

Una Patria -- Un Estado -- Un Caudillo
Una Patria: España -- Un Caudillo: Franco

Junto a esa orgía infernal aparece la figura sublime de esta Juventud creyente.

También nos ha sorprendido. La contemplamos con embeleso como nimbada de resplandores celestiales.

Cuando observábamos antes a estos jóvenes sentíamos una impresión de tristeza y desesperanza. Les veíamos avanzar en la vida sin pensar que avanzaban, con esa ingenuidad bullidora que ponía en todo la nota jovial y festiva, el encanto y frescura de su edad. Parecía como si el mundo se hubiese detenido y hubiéramos de vivir en una primavera eterna de risas y flores. No les preocupaban los graves problemas.

Había, sí, núcleos selectos que se agrupaban en círculos de estudios y estudiaban su formación en las grandes directrices de la sociedad y de la religión; los había también que integraban ya organizaciones políticas precoces. Pero la mayoría, la inmensa mayoría, que absorbía la casi totalidad, parecía perder la delicadeza espiritual y vibrar sólo ante la fuerza y sentirse arrastrada por los placeres sensibles. Sus conversaciones, sus preocupaciones eran el fútbol, los deportes, el atletismo, las carreras, los viajes, el automóvil, el avión, los campeonatos, los records. Los hombres del día eran los vencedores del deporte glorificados en los diarios, revistas y pantallas. Cuando formaban milicias, los veíamos jugar a soldados y aventuras.

Pero llegó la guerra y lanzáronse bravos a la defensa de Dios y de la Patria. La espantosa realidad, las trincheras, el frío, los cañones, las bombas, la muerte... ¿derrumbaría aquella intrepidez juvenil?

Jamás hemos visto un espectáculo más emocionante. Reclamaron como un derecho los sitios de mayor peligro y cayeron abundantes en los primeros choques. Los que fueron destinados a servicios de retaguardia se sentían humillados y no cejaron hasta ser enviados al frente y lograr un puesto en la línea de fuego.

Uno de estos héroes decía: "al que me ofreciese un cargo en la retaguardia, se lo tiraba a la cara".

Siempre de cara a la muerte soportaban con alegría las privaciones y sufrimientos de las trincheras y sentían la necesidad de volver al parapeto, como avergonzados de disfrutar de unos días de descanso mientras sus compañeros luchaban y tronaba el cañón.

En una resistencia heroica el capitán toma el fusil de un caído y lucha a pecho descubierto. Dos milicianos lo ven. Eso no puede ser; se hacen una seña y disimuladamente se ponen delante del capitán, uno a cada lado, cubriéndole con sus cuerpos, sin cesar de hacer fuego. El bravo oficial rehusó modestamente el sacrificio diciendo: "quitaos, que os volveré sordos con las detonaciones; además, yo soy un soldado como los demás".

Uno de estos valientes escribía en

su última carta: "mi deseo de ir al Tercio no es una determinación momentánea, sino maduramente pensada. Es que creo que los católicos debemos escoger los sitios de mayor peligro".

Hace días se vió en una batalla espantosa. El oficial gritó: "¡Dos de Falange a ese parapeto!" Inmediatamente se destacaron dos muchachos y ocuparon el sitio del peligro barri-

do por las ametralladoras rojas, haciendo frente a aquella ola de fuego. A los pocos momentos cayó muerto uno de esos voluntarios de la muerte.

Se confesaban y comulgaban cuando venían con licencia; oían misa, rezaban el Rosario en el parapeto; se santiguaban y rezaban el acto de contrición en los momentos de más peligro.

Ha dado la vida por Dios y por la Patria.

¡Qué almas tan grandes!

Cuando le vi muerto me parecía un ángel con su sonrisa ingenua de niño, como sintiéndose gozoso de su sacrificio. Recé por su alma, aunque creo que goza de Dios; le besé con ternura en la frente y besé con emoción aquella sangre generosa, sagrada y redentora.

TOMÁS

GUARDIA ANTE LA REINA

Suenan agudos clarines.
Hierva la gente en la plaza.
Zaragoza rinde honores
a su Augusta Soberana.
La emoción está en los pechos
silenciosa, represada,
ansiosa del desahogo
vibrante de las gargantas.

Boinas rojas, boinas verdes,
signos de amor y esperanza,
gorros, camisas azules
que cielos claros presagian;
hermosa policromía
al servicio de la Patria,
van a ser; oh paradoja!
guardianes de su Guardiania.

Hay revuelo de banderas
que van a echarse a las plantas
de nuestra Reina y su Reina
en amorosa demanda
del regalo inestimable
de una virginal mirada
que tiene de bendición
todas las suaves fragancias.

En hermoso pugilato
todos los músicos lanzan
los patrióticos acordes
de enardecedoras marchas.
Emocionantes momentos,

encendidos, entusiastas
brotan vivas expresivos
de los pechos y gargantas
roto el silencio elocuente
que entristecía las almas.

Muchedumbre de palomas
bate el candor de sus alas
sobre las ricas banderas
y en torno al soberbio alcázar
que los ángeles del cielo
invisiblemente guardan.

El desfile. Las milicias
marcialmente pasan, pasan
entre el aplauso frenético
de las calles y las plazas,
mientras allá, en el Pilar,
quedó orgullosa la guardia
con la bandera rendida
ante la Imagen Sagrada
testigo de ardientes rezos,
testigo de ardientes lágrimas,
en la dulce compañía
de las palomas cercanas
y de angélicas milicias,
escorta invisible y santa
del Pilar, guía y sostén
de las grandezas de España.

EL DUENDE AZUL

melicias, es claro; no hay quien pueda con nosotros; y si no fuá por esos criminales de to los presidios del mundo (que bien descansaus s'han quedado), ya haría tiempo que to s'había acabau, y no quedaría un rojo ni pa contalo, y no himos de parar hasta acabar con toos.

—Estás tremendo.

—Yo a güenas no hay quien me gane, soy más güeno qu'el pan; pero si me se sube la sangre al cocote... no me conoce usted bien.

—Pues que no se te suba, porque siempre hemos de ser cristianos, pensar como cristianos y hablar como cristianos.

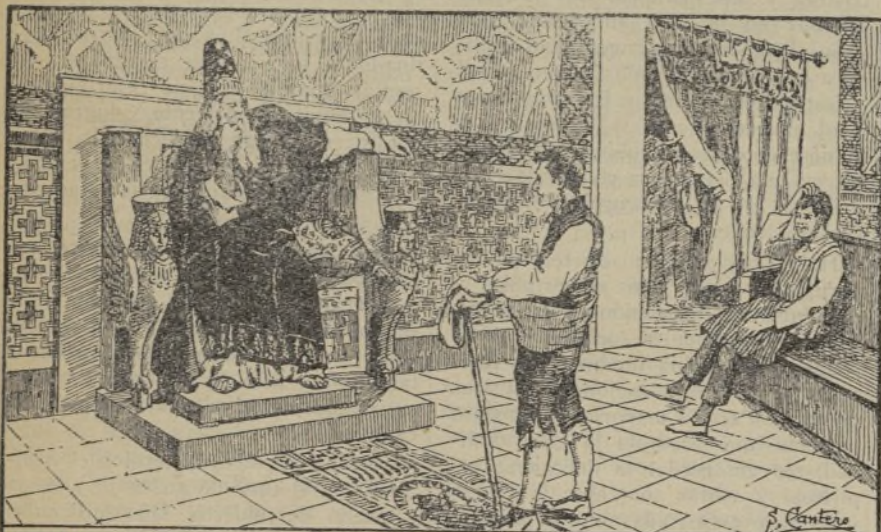
—Pues güena falta hace, que por eso lo veo esto mal, respectivo al personal. ¿Usted ve que la gente sea más cristiana? No señor. Lo paicen muchos, pero sólo es de lengua, que no sale d'adrento. Obras, obras son amores y no güenas razones.

—Precisamente observamos un resurgimiento cristiano que nos asombra y que es nuestra esperanza y nuestro consuelo. Nunca se ha visto tanta devoción a la Virgen del Pilar, ni tanta religiosidad en los soldados; ellos mismos piden capellanes, se confiesan y comulgan en el frente y rezan el rosario en las trincheras. Ha vuelto el crucifijo a presidir las escuelas y los niños aprenden la religión y saludan con el "Ave María Purísima". Procesiones, fiestas, homenajes, es una hermosura este ambiente religioso que se respira por todas partes. Ahora se venera a Dios y se respeta al sacerdote.

—Es usted un enfeliz; todo eso será mu majo, pero hay mucho de posizio en toas esas cosas que sacan ahura. Denantes, denantes, como ícia mi padre, qu'en gloria esté, y yo también lo hi conocido. La fiesta de Santa Barbara, la de S. Blas, S. Gregorio; qu'ibamos a la ermita el Santo de to los pueblos d'alredor; tos con caballerías y carros, daba gozo e velo dende la ermita...

—Muy hermosas son esas antiguas costumbres populares y se quiere resucitar toda esa tradición cristiana; ya te has enterado de la fiesta de la bendición de términos el día de la Santa Cruz.

—Pues señor, más le valía a usted no haber hablau. Yo mestaba repudiando y no quería icir nada. Buen Señor Mago, que se murió. Aquel si qu'era hombre. Siempre se ceelbró la



TRIBUNAL BARATO

—Güeno, como usted quiera, pero a mí me paice qu'esto no s'apañará.

—¡Calla, calla!, que no tienes conocimiento. ¿Aún hablas así? parece mentira. ¿No ves el avance continuo

de nuestras tropas que van de conquista en conquista con empuje arrollador?

—No, si yo no hablo d'eso. Dende que nos himos echau a la calle las

fiesta e la Cruz, qu'era la fiesta del Eco, la fiesta d'esta Casa, y to era alegría.

—También este año la hemos celebrado.

—¿Esti año?

—Sí, hombre, ¿ya no te acuerdas? ¿No comulgaste ese día? ¿No fre-gaste el piso?

—Y eso es fiesta? vaya una fiesta. Algo pa que s'alegre el cuerpo, que no ha e ser to p'al alma, que tamién el cuerpo lo agradece. Y aunque este-mos en guerra ya se pué uno alegrar alguna vez; yo no digo to los días, pero el día de la Santa Cruz, ¡amos, hombre! u aunque no fuá más qui un día sin otro, unos piacicos de lon-ganiza u un churricico y un coneji-co... ¿qué menos? y un chaparra-rico e vino... Eso es fiesta. M'alcordaré toa mi vida de aquella fiesta de S. Blas, que fui con mi padre. Aquello eran fiestas. Estabamos de qué sío los pueblos, too lleno pol cabezo y po los ribazos; carros, caballerías, perros... los mozos con escopetas tiraban en la puerta e la ermita qui atronaban tol monte y luego a sacar las torteras, cada cual mejor y va-liente trago; después me tuvieron que traer en un carro; íbamos tos hor-rachos; no hi gozau más en mi vida.

—Y aún parece que te dura la bo-rrachera, si no no dirías tantas bar-baridades. Es una pena muy grande, hijo mío, el veros pensar así. A Dios no se le agrada con esas fiestas que más son ofensas que otra cosa. Las fiestas han de ser de devoción, de religión. Bien que la alegría se ex-tienda aun a la comida, pero sin nin-gún exceso y menos ahora en que debemos pensar en la mortificación y la penitencia para obtener la mi-sericordia divina; y el fruto de nues-tras privaciones, para los pobreci-cos soldados, que vean que aquí nos acordamos de ellos y se alegre su corazón al sentir el calor de nuestro cariño.

—Y pa los melicianos, ¿naa?

—Lo mismo, hijo mío, todos son soldados y a todos los llevamos en el corazón. Pidamos mucho este mes a nuestra Madre, Reina del universo y Reina de la Paz.

Tilín, tilín, tilín...

—Anda a abrir, que llaman y pa-rece que tienen prisa.

—Que s'aguarden, que son unos cansaus.

—Vete y calla.

—¿Se pué pasar?

—Adelante.

—Ya m'iba a marchar, porque me paicia que no había naide, qu'hi lla-mau tres veces y claro uno s'impacienta y por poco nos himos engan-chau con ese perro e presa que tiene usté pa abrir la puerta.

—No tengas miedo, que no muer-de; es su carácter, pero es bueno. Dispénsalo y vamos a otra cosa, ¿qué se te ofrece?

—Hace poco qu'estoy aquí, qu'es-taba en mi pueblo con los rojos, pero hi podido escapar y ahura querría qui usté me dara dos letricas pa co-locame en algún puesto.

—¿Cómo te voy a recomendar si no te conozco?

—¿Y qué ver tiene eso? Con dos letricas de usté hallaría trebajo as-cape, porque aquí mandan las dre-chas y a usté l'harían caso.

—No insistas, eso no puede ser; además esto no es agencia de colo-caciones; aquí recibo a todo el que quiere venir a consultarme o a bus-car algún consuelo, nada más.

—Pues, consejos no nesecito den-guno, que con eso no se come. Ya se ve que ustedes no se compadecen del probe, aunque no les cueste nada. El probe que se muere di hambre.

—Tienes un lenguaje soez. Estás diciendo verdaderas infamias. En to-dos los sitios de la España liberada no se puede nadie morir de hambre. La caridad está viva y Franco, que tiene la espada en alto, ha mandado que no falte en ningún hogar pan y lumbré. En Zaragoza se da de co-mer gratuitamente a todos los refu-giados pobres, a pesar de los gastos enormes de esta guerra espantosa, y hay comedores infantiles, que ali-vian los gastos de las casas, dando de comer a muchos niños. Jamás se han preocupado tanto como ahora y con tanta eficacia de los pobres. Sois injustos y os expresáis de un modo insolente.

Y sobre todo, después de tantos crímenes espantosos como hemos pre-senciado, todo el mundo honrado se ha sentido horrorizado y ha malde-cido al comunismo y se ha aprestado a la lucha contra él con el mayor ar-dor. Ya no se puede engañar con el paraíso proletario ruso. ¿Por qué te has escapado tú?

Vete, vete; ya pediré a la Virgen Santísima que te ablande el corazón. Estamos en el *Mes de María*; pode-mos esperar mucho de nuestra Ma-dre.

EL MAGO



No temas, atrévete.

Dios gusta de nuestras confianzas.

Dios se complace en las explosiones de nuestra sencillez y de nuestra ter-nura.

Claro que desde nuestro sitio; des-de el polvo en que deberíamos hun-dir nuestra cabeza; desde el vivo sen-timiento de nuestra miseria y de nues-tra nada.

Pero desde aquí... atrévete.

No hay preparación más provecho-sa que el vehemente desear y tierno suspirar por el Cristo que vas a re-cibir.

Después... abímate en El con toda la fuerza de tu corazón.

¡Señor! haced que mis labios no profanen el Sacramento augusto de vuestro amor, hablando de El con im-perdonable ligereza.

Que al hablar de El hable de ma-nera digna de Vos y en conformidad con el respeto y profunda adoración que os es debido.

“¿Qué es la Comunión?”, me pre-guntas.

Y yo te respondo: ¿Sabrás com-prenderlo?

Es la función *de dos*, de risto y del alma.

Es *empaparse, llenarse, penetrarse* de Dios hasta lo más profundo, sin poder hacer más que *dejarle* tomar absoluta y plena posesión de lo que uno es.

Es...

¡Si tú supieras bien el gozo del alma que tiene a su Dios!

¿Que es esto muy subido?

Oye una cosa: esta es la comunión de los pecadores que trabajan por no serlo. Ahora figúrate lo que será la comunión de las almas santas.

Es cosa inefable.

¡La Virgen!

¿Quién como Ella?

Sobre Ella Dios por ser Dios.

Al par de ella, nadie.

Todos bajo de Ella.

¡La Virgen!

Sólo sabe de misericordias, porque Dios la encomendó el oficio de salvar a los hombres; el de castigarlos se lo reservó El.

¡La Virgen!

¿Cómo no confiar en Ella?

Es nuestra Madre, y en eso está la mitad de nuestra fe en Ella.

¿La otra mitad? aquí está; es tam-bién Madre de Dios.

Por Madre de Dios lo puede todo; por Madre nuestra sólo quiere nues-tro bien.

¿Imposibles? no los conoce Ella; para los fines de su amor dispone del milagro y de todos los milagros.

¡La Virgen!

Todo nos viene por Ella.

Por Ella nos vino el mismo Cristo: como por el tallo nos viene la flor.

Los frutos de la Redención por Ella nos vienen; como nos viene por la canal el agua de la fuente.

M. DE STA. CATALINA

Una mirada a la Tierra

Ayuda Divina

En la última *mirada* hemos contemplado el derroche infinito de riquezas que Dios ha depositado en la Tierra.

¡Cuánto hierro y metales indispensables a la industria humana! ¡Cuántos y qué variados y ricos materiales de construcción! ¡Qué tesoros fantásticos de metales y piedras preciosas!

La inteligencia humana contempla todo eso con embeleso y avaricia y como anegada y aturrida en esa inmensidad sin número.

Y sin embargo, esa prodigalidad divina está muy ejos de expresar la generosidad de Dios con el hombre.

Dios no ha dado sólo la *materia*; ha dado también la *energía*.

Si nos trasladamos al momento en que Adán y Eva son expulsados del Paraíso y les vemos avergonzados cubiertos con la túnica de piel que les dió el mismo Dios, podremos entrever la tristeza de sus almas y lo duro de la empresa que comienza.

Pisan tierra maldita, han de trabajar y sudar para obtener su pan, carecen de toda clase de instrumentos para el trabajo y para defenderse de las fieras.

¿Cómo se fabricarán su casa o cavarán al menos un albergue? ¿Cómo podrán apoderarse de los animales que les sirvan de sustento y vestido?

Si meditamos atentamente esta espantosa penuria comprenderemos un poco lo penosa que fué la vida primitiva del hombre.

Los trabajos pacientes de investigadores estudiosos nos descubren en las capas de la tierra algo de esta triste historia en extremo interesante. El hombre echó mano, como era natural, de lo que tenía a su alcance, de las piedras; y las piedras fueron los primeros instrumentos que hizo servir como maza, hacha, cuchillo, estilete, puntas de flecha, etc.

La vida fué rudimentaria; así fueron sus costumbres y su arte e industria. Pero lleva dentro un destello de la inteligencia divina y una inquietud que le empuja siempre a su mejoramiento y progreso.

El hombre es ágil, corre veloz y salta con ligereza, pero se le escapa la pieza que persigue y ve huir como el viento al caballo sin poderle dar alcance. Un día logra por la astucia darle caza, lo sujeta y piensa en aprovecharse de la rapidez de su carrera. Monta sobre él y ya es tan veloz como el caballo, cruzando las llanuras como una ráfaga del viento.

Ha visto la fuerza del caballo, del camello, del asno, del buey; los ha domado y los ha asociado a su tienda, y ha cargado sobre sus lomos todos sus bagages, tienda, enseres, riqueza,

y viaja cómodamente. Cuando ha aprendido a cultivar la tierra ha utilizado también la fuerza poderosa de estos animales generosos. La vida del hombre se ha transformado por completo. El hombre vivía con comodidad, cargando lo más duro del trabajo a los animales, que le sirven con fidelidad. El hombre no parece ya un desterrado y un perseguido; se siente amo y señor.

Un día mientras el rebaño bebe en las orillas de un remanso, contempla la hermosura de los cielos reflejados en el espejo terso del río. Mil veces había gozado de ese espectáculo embebido en seguir las nubecillas por el fondo cristalino. A veces un tenue soplo rizaba apenas caprichosamente las aguas y pasaban bogando hojas secas que interrumpían la visión extática. Aquel día siguió con la vista aquellos restos viajeros y pensó en la fuerza del viento, que arrastraba sobre las aguas sus almadías primitivas. Tendió uras pieles sobre unos palos y vió con alegría loca su débil embarcación empujada por el viento. Desde entonces pudo sentarse en su barco y navegar sin esfuerzo, al impulso del viento. Perfeccionó las velas, que extendió como alas gigantescas y crecieron las naves enormemente, transportando en sus entrañas mercaderías y riquezas a todos los países, poblándose los mares de velas blancas que se posaban en bandadas alegres en los puertos.

Ya hemos visto que muy pronto aprendió el hombre a utilizar la fuerza del agua como vehículo para transportar las maderas flotando por los ríos. Pero también supo aprovechar la fuerza de la caída del agua para mover las palas de una rueda, colocada debajo de una linda cascada, que se estrellaba entre las peñas. De este modo se ahorró el trabajo de moler el trigo y pudo comer el pan más sabroso, porque no regateó el esfuerzo del molino.

Y encantado del resultado construyó artefactos ingeniosos para moler otros productos y enriqueció su casa con nuevos adelantos y comodidades y surgieron un sinnúmero de aplicaciones mecánicas y variadas industrias.

Aquella rueda primitiva ha servido para elevar el agua y fertilizar la tierra sedienta; ha cambiado el paisaje; ahora se ven bellos tapices tendidos a las orillas del hondo riachuelo; huertos bien cuidados de ricas hortalizas y frutas exquisitas. Ha movido los mazos de los batanes, los molinos de yeso y de aceite; ha quitado el huso a la hilandera y hace girar miles de husos en las fábricas de hilados; ha arrinconado la vieja lanzadera y dado reposo al tejedor para accionar los telares mecánicos que nos visten de tan variadas y ricas telas; la turbina mueve todos los talleres y fábricas, todas las máquinas y torres, todas las industrias.

¡Cuánta comodidad proporciona al hombre la energía!

¡Qué generosidad la de Dios al regalar ese derroche de fuerza!

JUAN DE LA CRUZ

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Las circunstancias actuales nos han obligado a suprimir un número de *El Eco de la Cruz*, convirtiéndolo en mensual.

NO APARECERÁ, PUES, MÁS QUE EL PRIMER VIERNES DE CADA MES.

Claro es que esto solamente hasta que cambien las circunstancias, y por tanto, será por poco tiempo.

Sabemos el interés con que esperan y leen *El Eco*... y les quedamos muy agradecidos por sus palabras bondadosas y de aliento. Ya pueden comprender que para nosotros es un sacrificio penoso esta determinación que hemos tomado bien contra nuestra voluntad.

Al mismo tiempo damos las gracias a todos los suscriptores que, atendiendo nuestro deseo, **nos han enviado el pago de su suscripción con sobreprecio.**

D. Emeterio López, Valladolid; D. Elías Fernández, Toledo; D. Rafael de la Calle, Jerez de la Frontera (S. José del Valle); Rvda. Superiora de las Oblatas, Jerez de la Frontera; Superiora del Hospital, Magallón; doña Teresa Abete, Calatayud.

OBRAS DE ACTUALIDAD

La Bruja Blanca.—Preciosa novela, obra cumbre del M. I. Sr. D. Juan Buj, Fundador de *El Eco de la Cruz*. Es obra apologética que ilumina con claridades celestiales y encanta con el atractivo espiritual de la protagonista, modelo de *acción católica*. Dos tomos en un volumen, 2'50 ptas.